



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLI—Zaragoza, 4 agosto 1939—Año de la Victoria.—Núm. 932

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º dcha.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1.

Almacenes del Portillo

SALUDO A FRANCO ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

Y cuando enseña a orar a sus discípulos les dice: "Así orarás al Padre: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre."

Dios es lo primero.

¿Hay algo que tenga importancia junto a El?

¿Y puede ser de otro modo siendo Dios el Creador de todo lo existente?

La Filosofía pagana vió clara esta verdad. Solamente la pasión puede anublar los esplendores de esta luz.

Hemos pasado la época más tenebrosa de la Historia.

Jamás se ha negado a Dios como ahora.

Nunca se le ha combatido como ahora.

Ha sido una conjuración de muchos millones de hombres, con todos los medios más terribles al servicio del demonio.

Han sido vencidos,

aplastados,

aniquilados.

Al menos en nuestra Patria.

Gracias a Dios.

Gracias a la Virgen,

Gracias al Caudillo.

Aun los cristianos habían olvidado a Dios; al menos no era lo

primero; ni siquiera lo segundo.

Muchos no contaban con Dios para nada. No era ya su Padre, ni aun su Señor, ni su Ley moral, ni su Esperanza, ni el Espíritu de su vida.

Para muchos no era Dios más que el *obstáculo* para los afanes de su vida, de sus empresas o placeres. ¡Qué horrible!

Así muchos cristianos apenas se diferenciaban de los que no lo eran en sus negocios, en su profesión, en sus placeres y compromisos, en sus conversaciones y pensamientos. Quizás, un culto externo rutinario y ocasional.

Ahora muchos, muchísimos han visto claro esa verdad principalísima. ¡Dios es el primero!

No es lo primero el negocio, ni el jornal

ni la recompensa

ni el porvenir

ni la familia

ni la vida misma

ni aun la Patria.

LO PRIMERO ES DIOS.

Y hay que repetirlo, y escribirlo en la prensa, que lo difunda en millares y millones y millones de hojas; y en el libro, y en la conferencia y en la tribuna y en la cátedra y en la escuela y en las

LO PRIMERO

Lo primero... es siempre lo mismo: ¡Dios!

En el primer día de la creación, y en los siglos patriarcales.

En el Sinaí promulga Jehová su Decálogo y comienza: "Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas".

Jesús repite: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas".

Un ejemplar, 2 ptas. al año; cinco ejemplares, 5 ptas.

leyes y en los monumentos y en los mármoles eternos:

¡Lo primero es Dios!

Y luego ajustar exactamente nuestra vida a esa luz divina. Ya no consentiremos jamás que se hable mal de Dios, ni que se vulnere su ley; no le olvidaremos; no le tendremos ni siquiera en segundo lugar.

Lo tendremos en el fondo del corazón, llenando nuestra alma entera, alumbrando nuestra mente, impulsando todas nuestras acciones.

Así es la España que renace.

La primera preocupación de las tropas victoriosas al entrar en los pueblos conquistados, aun no llamado a veces, el cañón, ha sido levantar un altar en la plaza pública y dar gloria a Dios en el mismo lugar donde había sido tan horriblemente injuriado.

El primer cuidado de los pueblos en esta hora de paz ha de ser disponer la casa de Dios del mejor modo posible.

¡Que no se pueda decir que Dios es el último de los vecinos, que aún tiene la casa sin arreglar!

TOMAS.

trar los rojos u que te va a hacer piazos una bomba; que no podía dormir. Ahura aquello ya ha pasau, y alegrase uno lo que se pueda sin hacer mal a naide. Y a veraniar como los ricos que tamién el cuerpo lo agradece. Eso sí, que soy mu agradecido a tol que me da algo güeno.

—¡Dios mío, qué pena!

—¿Se pone malo?

—No hijo mío, no. Me da pena ver tu egoísmo y el de mucha gente que hace lo mismo que tú. Ya no piensan más que en gozar lo que pueden y hace poco hacían el acto de contrición ante el peligro de muerte. Desde luego tú no te vas. No te doy mi permiso.

—¿Y qué dirá dueña Petra?

—Que diga lo que quiera. ¿Y qué doña Petra es esa?

—Una señora mu güena, como haiga otra, que me ha convidau a ir a San Sebastián.

—¿Que te ha convidado?

—Sí señor; que aun hay almas güenas y les gusta hacer obras güenas. Y el otro día, ¿s'alcuerda aquella señora que casi no podía entrar por la puerta? To lo que tenía de gorda lo tenía de güena. Me dijo mu amorosica: —Macario, ¿no sale usted a veraniar este año? Yo le dije que no lo sabía y ella me dijo: —Pues prepare, prepare la maleta. Y ahí la tengo preparada con los zapatos y camisas y moqueros... todo com'un señorito; pa cuando m'avise, no sea que s'arrepienta; que to pudiera ser, aunque no me lo pienso.

—¿Y no te dijo nada más?

—¿Y qué más quíe usted que diga? Prepara la maleta; más claro, agua.

—Te ha dicho lo que te dice cualquiera, pero eso no es invitarte. Ya me parecía a mí mucho.

—Ahura tol mundo me corromperá con lo mesmo. Macario, ¿no sale usted a veraniar?; que no tienen modos, ni crianza... na más pa avergonzalo a uno; y mi untaré la cara y los brazos con barro pa paicer qui estau al sol y al mar y le diré qui estau allí toa la vida... Como la hija del señor Pepe, que s'iban unos días a Utebo y después venía toa parda, que se daba unos polvos y ícia qu'era del mar de la Costa Azul, y venía parda.

—Hijo mío, por el color no



TRIBUNAL BARATO

—¡Macario!

—...

—¡Macario!!!...

—¡Señor!

—Pero ¿dónde te metes? Te estoy llamando hace un rato y no contestas.

—Es que...

—Esta mañana también me ha pasado lo mismo. No sé qué haces.

—Sí, cada uno tiene sus cosas y a mí no me las hace naide, y ice el refrán "adúyate y t'aduyaré", y hay que aprovechar la ocasión, que la ocasión la pintan calva.

—¿Y a qué viene todo eso?

—Que estoy haciendo mis diligencias p'al viaje, y hasta que no lo tuvía todo apañau no le quería ícir nada a usted.

—¿Y así, sin más ni más? Pues es a mí a quien primero debiste decirlo. Ya sabes que yo me

alegro de tu bien y no me opondría a lo que te convenga.

—Pero si lo hi dicho ya otras veces...

—¿El qué me has dicho?

—Miusté que el cuerpo nesecita tamién lo suyo y en tiempos del señor Mago qu'en pa escanse. ¡aquél si qu'era güeno!, pues me fui a veraniar, y lo pasé mu bien por San Sebastián, que to la vida m'alcordaré.

—Pero hombre, tú sabes que hemos estado en guerra hasta hace poco...

—Sí; y ahura estamos en paz, gracias a Dios.

—Y no debías pensar en eso. Es mucho lo que hemos pasado y es preciso pensar en algo más que en divertirse.

—Pues miusté, por eso mesmo. ¡Lo qu'imos pasau! ¡Madre mía! Por eso ahura no himos d'estar pensando que van a en-

!Atención suscriptores! La Administración de El Eco de la Cruz se

Ayuntamiento de Madrid

pases pena, que no necesitas esos polvos pardos...

* * *

Tilín, tilín...

—¿Se puede pasar?

—Adelante.

—¡Buenos días, señor Mago, que me alegro de conocelo, aunque ya hace mucho que lo conocemos porque le hemos el Macario, s'a de icir así, amos, pero no nos habíamos topetau nunca y tenía ganas de velo. Himos pasau mucho, señor Mago, mucho; to lo que se diga es poco.

—¿De qué pueblo eres?

—De Tallón.

—¿Han dominado allí los rojos?

—Sí señor.

—Pues ya no hay que hablar más; os ha pasado como en todos los pueblos: asesinatos, robos, incendios, saqueos, un horror.

—Eso no; en nuestro pueblo no ha habido muertos, eso no. El señor Cura se escapó a otro pueblo y allí lo mataron; pero en nuestro pueblo el mismo jefe rojo tuvo escondido a otro Cura que s'había refugiau allí. Y toas las alhajas y santos no las reparitimos entre tos los vecinos pa escondelas y guardalas y to s'ha salvau y una custodia, que es un tesoro, que vale más de cuatro mil duros...

—¿Pero es cierto lo que me dices?

—Sí señor, como ques ahura de día.

—Será pueblo muy apartado de comunicaciones y no iría por allí ninguna partida de milicianos rojos.

—Sí señor, que fueron; pero el jefe del pueblo dijo que en el pueblo mandaba él, que en eso habían quedau, y se puso tieso, y que mandaba él.

—Puede que sea el único pueblo de España.

—Fácil es. Ahura toos nus tienen envidia que tenemos too como denantes; pal caso lo mesmo que denantes, aunque haiga qui hacer alguna cosa.

—Ese caso es raro. Ya sé de algún otro pueblo de Aragón en que no mataron al Cura y no lo escondieron y se opusieron a que los forasteros lo matasen. ¿Qué vergüenza! ¡Tantos pueblos en que los mismos del pueblo han sido los asesinos e incendiarios!

¡Qué cobardía y qué vileza! ¡Qué cuenta tan tremenda tienen que dar a Dios!

—Otra cosica quería icile a usté.

—Di lo que quieras.

—Que los que venimos de los pueblos, a la que venimos a la capital nos paice que semos forasteros...

—Claro que sí.

—Quié icise como si fuá uno de otras tierras, porque too está cambiau.

—Sí, ciertamente, cambian mucho las grandes capitales y todo se transforma y hermosea.

—Sí señor; no paice la mesma, to está mu remajo, como haiga otra; pa mi, Barcelona, ni Madri, ni en tol mundo hay otra como Zaragoza con la Virgen del Pilar. Pero no voy a iso. Es que nos paice que la gente no es la mesma, sobre todo las mujeres. Nos paicia que con una guerra como la qu'himos pasau irian cuasi todas vistidas de luto, como denantes, cuando s'abía muerto alguno, con velos y mantos qu'iban tan tapadas que paician monjas mesmamente y na más a la ilesia y a casa. Pero no señor; a divirtisen to lo que pueden y a ir bien majas; es decir; ¡majas!; ya l'hi dicho a usté, paicen de otras tierras. No sé cómo no les da vergüenza ir así po la calle, que van cuasi desnudas. ¿Y eso está decente? ¿Y eso lo hacen las señoritas y los ricos y la gente de carrera? Amás no sé cómo puen andar con la ropa tan preta, qué paicen a la longaniza; y vistidos... ¡quía! si no son vistidos eso que llevan, que se ve la carne por debajo. Son unas indecentes. Los de los pueblos nos quedamos asustaus y al velas entrar así a las ilesias y por to las calles. No sé cómo son así, ni cómo las dejan sus madres y sus padres y sus maridos, que son unos indecentes como ellas. A nosotros nos da asco y vergüenza, que eso no es cristiano, ni de España; que too viene di afuera, que lo traen los enemigos de la Religión y de España, pa que seamos toos unos cochinos, como ellos, y quitanos la Religión y todo...

—Tienes mucha razón. Es muy triste que las ciudades no den, en eso, que es lo principal, el buen ejemplo. En las ciudades

están los centros de la administración, del gobierno, de la autoridad; están los centros de la enseñanza; de las ciudades salen los que guardan la paz y el orden y administran la justicia; de allí salen los maestros, los sacerdotes... Allí están los médicos más afamados, los abogados, ingenieros, empresarios... Allí llevan sus frutos los pueblos; allí se proveen de toda clase de productos y manufacturas... Es natural que se mire a la ciudad como cosa superior por su poder, por su saber y su riqueza, y que se admire y copie todo lo de la ciudad. La ciudad debe darse, bien cuenta de esa gran responsabilidad. De ella ha salido la propaganda que ha sorprendido a nuestros campesinos y los ha transformado en asesinos e incendiarios con una impresión de exotismo horrible. De la ciudad salen también esas modas y ese desnudismo pagano, que todo lo está infestando con su procacidad irrespetuosa y grosera. Es cierto que las autoridades han dado órdenes severas— ¡que ojalá se cumplan! — sobre los baños y las playas; ya era hora, pero triste es que haya sido tan preciso. El espíritu de sensualidad se muestra también en los niños, que van, a veces, casi totalmente desnudos; es también, la moda de niños y adolescentes de ir con pantalón y camisa. Es una pena, tanta frivolidad y tanta falta de recato. Estamos perdiendo una de las más gloriosas conquistas de la Iglesia. El enemigo lo sabe y nosotros también; por eso hay que instruir debidamente a los fieles; que sepan que no es cristiano. El que quiera seguir a Cristo que le siga; pero sepan que de ese modo no se sigue a Cristo

EL MAGO.

ECOS DEL SAGRARIO

¡Señor!

Siento una alegría muy grande cuando veo tu casa llena de gente, que acude devota a las solemnidades magníficas del culto; cuando veo esas comuniones generales interminables de personas de toda clase y condición que acuden ansiosas al Pan de Vida; esas peregrinaciones que desfilan de todas partes con la policromía pintoresca de las regiones en la unidad hermosa de espíritu y de fe. Siento pena cuando te veo solo en el rincón de tu Sagrario... Alguna anciana achacosa, a veces, busca sola en Ti el consuelo y la esperanza. En ocasiones ni una mujer, ni un hombre... Todos tienen que hacer; todos tienen prisa...

Me siento feliz en las oleadas de la piedad. Tengo ansias de reparación cuando te veo desamparado.

Pero... Tú ves mi flaqueza.

¿Por qué no he de mirarte solo a Ti? ¿Por qué ha de variar mi fe y mi ardor según lo que hagan los demás?

J. ADELAC

se ha trasladado a la calle Mayor, número 6, segundo derecha

Una mirada a la Tierra

LA TIERRA

Es tanto lo que abarca la mirada en cualquier punto en que se detenga, que se hace preciso sosegar un poco la ansiedad de contemplarlo todo y fijar la atención en una sola cosa o en un aspecto, para poder gozar de esa visión maravillosa.

Hemos visto el último día esta tierra de aspecto tan humilde y pobre que es sin embargo laboratorio estupendo del desarrollo de las plantas.

Podría parecer que ya era bastante con esa misión tan elevada y trascendental y, sin embargo, en el alarde continuo que vemos que hace Dios en todas las cosas, observamos otros muchos fines de importancia, basados en sus múltiples cualidades.

Entre las primeras propiedades que el hombre observó en la tierra está la plasticidad. Con la lluvia se ablandaba la tierra y se hacía barro blando, que se manejaba como quería y quedaba duro al secarse. Seguramente fué el primer material de construcción la primera argamasa con que cubrió el hombre el ramaje de su choza, como lo hacen hoy nuestros campesinos en sus cabañas y en las tapias de sus huertos. El hombre utiliza lo que primero tiene a mano. Un día que no tuvo piedra pensó en emplear trozos secos de barro y construyó un albergue, y poco después supo dar al barro una forma adecuada y se obtuvo el *adobe*. Desde entonces pudo el hombre tener una casa de formas bellas y sorprendentes en aquella remota edad.

Un accidente imprevisto provocó un incendio y quemó la techumbre y el ramaje. Al retirar aquellos restos carbonizados y aquellas cenizas vió que las paredes no habían padecido nada, que los adobes habían adquirido mayor dureza. Había hecho un descubrimiento trascendental, el *ladrillo*. Entonces pensó en someter al fuego el adobe y logró un elemento de construcción de primer orden que resistía a la lluvia y hacía su casa indestructible.

El ladrillo ha sido y es mate-

rial con que el hombre ha construido las paredes de su vivienda sólida y cómoda, los muros de sus ciudades, sus templos, sus monumentos...

Luego aprendió a hacer platos, cazuelas, ollas, ánforas, que vemos utilizar al hombre en tiempos muy remotos y que le proporcionaron gran comodidad para poder disponer en su casa de ese ajuar en que conservaba el agua y los productos diversos de su subsistencia.

Poco después aprendió a cocer los alimentos y transformó notablemente su vida doméstica y su industria.

Mas tarde ha dado origen al desarrollo de esa variedad de vajillas primorosas que tienen su origen en la plasticidad de la tierra.

En el barro aprendió el hombre a hacer figurillas, como hemos hecho de niños; objetos toscos, planos, largos, cortos, bolas, caprichos, que contemplábamos gozosos al ver la docilidad del barro.

Hombres hábiles lograron hacer figuras rudimentarias de personas y animales y ahí comenzó la escultura. El artista ha hallado en el barro la masa más dócil al impulso de su genio y la materia que lo ha guardado con más fidelidad. En el barro es aún donde imprime su primera inspiración y donde corrige y retoca y da la última mano hasta conseguir esa obra bella que parece no ha tocado ser humano.

En el barro dejó su huella el hombre y la bestia y allí aprendió a copiar los primeros trazos de dibujo, que luego llevó a la piedra y al bronce.

En el mismo barro es en el que grabó los primeros dibujos que convirtió en símbolos y más tarde simplificó dando origen al invento más grande de todos los siglos: la *escritura*.

El ladrillo es el primer material que usó el hombre para escribir y así hemos alcanzado tantos documentos de la Historia de tiempos antiguos. De ahí salió el arte de las inscripciones que en

Advertencia importante

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobrepago:

D. Gaspar Tell o, Alcañiz; Doña Ramona Santías, Burjasot.

rocas y en monumentos nos han transmitido la vida y costumbres de nuestros lejanos antepasados. Con la escritura se han fijado invariables las ideas y ha sido posible transmitir las a través del tiempo y del espacio.

¡Qué utilidad tan maravillosa de una sola propiedad de la *tierra*!

JUAN DE LA CRUZ.

Tip. EL NOTICIERO, Calle núm. 79

Suscríbase V. a EL ECO DE LA CRUZ

Ayuntamiento de Madrid